



NICOLÁS GONZÁLEZ LEMUS

1898:

CRISIS DE FIN DE SIGLO Y ANGLOFOBIA EN CANARIAS

El día 10 de diciembre de 1898 se firmaba en París el Tratado de Paz entre España y los Estados Unidos de América, el cual ponía fin a la guerra iniciada en Cuba desde el año de 1895. En el mismo Tratado, aparte de España renunciar a todos los derechos de soberanía y propiedad sobre Cuba, también cedía a los EE.UU. el archipiélago de las Islas Filipinas, a cambio de 20 millones de dólares, y la isla de Puerto Rico. Estamos, pues, en el año de la conmemoración del centenario de 1898. La guerra hispanoamericana de 1898 ha sido objeto de numerosos ensayos, artículos, libros, etc. Con este pequeño artículo no pretendo hacer un análisis más sobre el conflicto que acabaría con la pérdida de las islas de Cuba, Puerto Rico, las Filipinas y otras menores, principales posesiones españolas en ultramar, sino intentar acercarme a la alarma social que despertaron en los españoles, incluidos los canarios, las naciones anglosajonas.

La guerra hispanoamericana del 98 supuso para España una derrota militar y a la vez un desastre. Inmediatamente la palabra desastre, como señala Miguel Artola, se convertiría en el símbolo de la interpretación global de la historia de España. En efecto, terminada la guerra, los hechos históricos que se conmemoran este año van a ser cruciales para la historia de España, pues desataron una crisis profunda de valores tanto culturales, ideológicos como filosóficos. El pesimismo se apodera de la sociedad española. Se acentuaron las críticas contra el sistema de la Restauración. Desde diferentes sectores de la sociedad se buscan los responsables. Unos dirigieron

sus críticas sobre el gobierno. Se oyeron voces como la de Joaquín Costa que no vacilaba al afirmar que España debía dejar de ser gobernada por «quienes deberían de estar entre rejas en Ceuta, en un manicomio o sentados en los bancos de las escuelas». O la de Vicente Blazco Ibáñez que haciéndose eco del grave tributo que tuvo que pagar en hombres por una guerra que, revestida de patriotismo, sólo servía a los intereses de la oligarquía que tenía fuertes intereses económicos en Cuba, exclamó: «Ah, señores ministros, bien se conoce que la carne del pobre es barata, y os importa poco que mueran esos soldados». Para otros grupos e individuos como los regeneracionistas los responsables fueron además de los gobernantes, los militares, es decir, el ejército. Pero este grupo, como otros sectores intelectuales, desde muy temprano comenzó a confiar en la admirada Europa para salir de lo que se llamó el «problema de España». Muchos viajaron a Europa a estudiar en las universidades de París, Montpellier, Londres y en menor medida en algunas universidades alemanas. Estos hombres tomaron posesión de los valores culturales de los países europeos y se relacionaron con las personas e instituciones extranjeras que a su regreso favorecieron la introducción de ideas extranjerizantes. Por su parte, en el interior apareció una corriente de opinión que apostaba por la empresa de la europeización de España para buscar soluciones a los problemas del país. Las críticas contra la Iglesia favorecen el anticlericalismo, el cual se ubicaba en la ola de secularización que se manifestaba en el resto de los países del área católica euro-



pea. También se apuntaba a los daños causados por la Iglesia católica sobre los fieles en contraposición a la que ofrecía el protestantismo, abriéndose aún más la brecha entre latinos y anglosajones.

Sin embargo, al mismo tiempo que unos buscaban responsables en el interior y la europeización del país era la única forma de salir del problema nacional, otros los buscaban en el exterior. Fueron los sectores sociales más reacios a los cambios, fundamentalmente el estamento militar y eclesiástico -en menor proporción el comercial-, los que se opusieron a todo intento de occidentalización de la sociedad, a todo lo que suponía europeización. Dirigieron sus iras contra EE.UU., la potencia imperial emergente que había protagonizado la derrota española. Pero, a la vez, sus ataques también se dirigieron contra las naciones enemigas, como Inglaterra que a lo largo de la historia siempre ha tratado -según *La Correspondencia Militar*- «apoderarse de nuestras colonias». Habían muchos que afirmaban que «Inglaterra acecha la primera ocasión propicia para arrebatar las Islas Canarias y obtener en ellas de derecho la posesión que de hecho tienen ya adquiridas». Una ola de anti-protestantismo se desata en todo el Estado, y, como no, también en Canarias. La Iglesia identificó al enemigo con el protestantismo, hecho que condujo a una interpretación religiosa y política de la contienda. Por tal razón, el odio que se profesaba contra los protestantes se traduce, en los momentos de la aparición en suelo nacional de las misiones protestantes, en el grito popular de más armas y barcos y menos biblias y oradores protestantes:

¡Lo que nosotros necesitamos son barcos y armas para defendernos de esos protestantes que nos están asesinando! y ¡no queremos sus libros ni sus oradores!

El origen de estas embestidas, qué duda cabe, radicaban en la identificación que se hacía de ambas potencias como representantes del mundo anglosajón, dado el papel de Gran Bretaña en la contienda. También qué duda cabe que los ataques contra los británicos habría que buscarlo en el rol que ha jugado a lo largo de la historia las relaciones de Gran Bretaña con España y el peligro social y cultural que suponía la presencia de gentes, compañías comerciales y financieras británicas en suelo nacional. Como es bien sabido, el gobierno de Lord Salisbury en Gran Bretaña se declaró neutral en la crisis internacional española de 1898. Sin embargo, la falta de interés mostrado por el Gobierno de Londres para frenar a los Estados Unidos -a pesar de lo riguroso que se mostraba entre los beligerantes- y la «reserva» y mutismo británico mantenida duran-

te el conflicto, hacen que la valoración española de la neutralidad británica fuera negativa. Las caricaturas alusivas a esta traición fueron constantes. Un ejemplo ilustrativo lo tenemos en la caricatura aparecida en un periódico de la época donde se presenta a un americano y un británico estrechándose la mano derecha mientras brindan con una jarra de cerveza en la mano izquierda y decidiendo el reparto del mundo. U otra aparecida en otro periódico de la época donde se presenta bajo la atenta mirada de Alemania, Austria y otras naciones europeas, al Tío Sam batiéndose a espada con un caballero medieval español, mientras un soldado británico, colocado detrás del nacional, facilita a EE.UU. la ocupación de Canarias.

Dentro del contexto de las relaciones de Estados Unidos e Inglaterra prácticamente todos los periódicos nacionales incluyen referencias y comentarios acerca del futuro de Canarias, bien para destacar el interés británico en obtener partidas económicas en el Archipiélago o bien para reproducir comentarios que hacen de las islas la prensa británica. La parodia de las caricaturas expuestas, además de indicarnos que la presencia en las islas de una colonia británica podría facilitar el desdiseño de la política de los Estados Unidos sobre Canarias, también pone de manifiesto el enorme control de los británicos sobre Canarias. En efecto, a partir de la década de los ochenta se establecen firmas comerciales, bancos, seguros y demás agentes británicos. Cubertería, víveres y demás mercancías inglesas se encontraban en abundancia. Los británicos establecen panaderías, lavanderías, etc., para prestar servicios a su cada vez mayor comunidad. Las tiendas, los almacenes, los hoteles, restaurantes, etc. establecidas por nacionales se anunciaban en inglés. La libra esterlina, símbolo del poder imperial inglés, batía en retirada el

movimiento del billete español, causando un gran quebranto a la economía, según el periódico *Las Canarias*. Efectivamente, las cuentas en los hoteles se cobraban en libras esterlinas; todas las operaciones se hacían con esa moneda. Se estaban modificando las costumbres; se estaba alterando el castellano; la bebida favorita y de moda entre los isleños era el whisky; el té y el queque inglés se tomaban según el más puro ritual británico; etc. Todo ello indicaba que «las Canarias, a pesar de ser españolas en espíritu y alma, Inglaterra las tiene prisioneras entre sus redes económicas».

Tal estado de cosas iban a provocar la reacción de sus detractores procedentes de los sectores sociales más intransigentes. Todos ellos irían a coincidir en el peligro inglés para los intereses de España. Hubo prensa isleña que aseguraba que las





Canarias ya habían sido conquistadas por los ingleses. En 1900 apareció escrito en un periódico local:

«Comenzaron en 1851 con la ley de puertos francos. Al principio con unas lanchitas de vela con bandera inglesa para trasladar carbón pero que luego siguieron con mercancías y pasajeros. Las lanchas fueron sustituidas por barcos y realizan el cabotaje, cuando solamente puede ser ejercido por buques con bandera española. En Las Palmas tratan ahora de establecer un ferrocarril de circunvalación de la islas y de esa manera quedarán árbitro del mercado».

Así pues, en Canarias acusaron a Gran Bretaña de ser dueña absoluta de los destinos de las islas, además de los de la patria, en la medida en que su dominio alcanzaba también a la España peninsular.

Los sectores «españolistas» - sector de la burguesía comercial capitalina canaria que pretende llamar la atención del gobierno central de España por la creciente dependencia británica de las islas - también instrumentalizan los acontecimientos. El hecho de que gran parte de la riqueza que poseía Tenerife y Gran Canaria se debiera principalmente a Inglaterra, el sentimiento de incertidumbre por los territorios perdidos de Cuba, Filipinas y Puerto Rico, los escasos vínculos con la Península, el temor por la posible ocupación de las islas por los Estados Unidos, incluso de Gran Bretaña, etc., son ecos que suelen explotar para hacer patriotismo, antes de que sea demasiado tarde para España. En el fondo lo que defendían eran los intereses económicos locales frente a los extranjeros, dado el monopolio portuario de éstos. Algunos de los más radicales pensaban que Inglaterra acechaba la primera oportunidad para arrebatar las islas a España. Ángel Guerra, a pesar de ser el intelectual más representativo del sector llamado «españolista» le costó más de un anónimo, insulto y amenaza por reconocer la importancia de las empresas británicas en el desarrollo de la economía insular.

Sin duda, el sector más intransigente fue el eclesiástico. En los sermones, pastorales, folletos de propaganda, publicaciones periódicas, etc., la derrota de 1898 es producto de la creciente laicización de la sociedad y del mismo Estado como consecuencia de la introducción de las libertades y del liberalismo imperante en los gobernantes. Actitudes estatales que condujo a España a acercarse a Gran Bretaña. Acercamiento que no fue bien visto. La prensa católica isleña llegó a manifestar indignación y asco por el hecho de que España apoye

en la guerra de Transvaal «a la traidora Inglaterra, que sólo su maldito nombre levanta en el corazón de los españoles una tempestad de odio y maldiciones». «Además -sigue relatando- lo único en limpio que se saca de ello es que «persuadiendo la reina Victoria de nuestra debilidad y cuando se despierte en sus ánimos los vivos deseos de venganza se apoderará con la mayor facilidad que nunca de lo único que nos queda, Canarias, Baleares, Ceuta y tal vez de las Rías de Galicia».

Comentarios como estos son abundantes en las páginas de los rotativos ultra-conservadores isleños, además de otros más independientes.

No tan irracionales como los sectores católicos tradicionalistas fueron las posturas de la Diócesis de Tenerife. Reconocía que no se podía afirmar impunemente que los ingleses protestantes hicieran propaganda contra el gobierno español y menos contra nuestros monarcas. Sin embargo, veía detrás de la presencia británica la introducción de ideas extranjeras, la propagación del protestantismo, el enemigo ideológico, junto a la masonería, más peligroso. Además, eran los momentos que lo protestantes realizaban cierta actividad proselitista en la isla a través de la British and Bible Society. Por eso, afirmaba que era «más horrible, macarramente horrible...», que los protestantes llamen a sus escuelas a los niños pobres..., y les visten, les dan dinero, les hablan de amor y les inculcan el amor a los animales y la manera que debe atenderse a los animales y plantas...». Detrás de las escuelas montadas por los misioneros protestantes en las islas, «los templos levantados por los corruptos de las sociedades bíblicas», como sucedía en Portugal, están dirigidas

«para corromper moral y religiosamente a los creyentes cristianos». La lucha contra el protestantismo inglés se hace necesaria porque los británicos «después de arrebatar la hacienda arrebataban el inestimable tesoro de la fe». Se trataba de combatir y rechazar su presencia para que «la materialista Albión quede en el lugar que merece su perfidia, su hipocresía y su rapacidad escandalosa y maldita».

La crisis de identidad espiritual que se estaba viviendo favoreció el despertar de los celos del catolicismo más conservador, hostil a las posturas que cuestionaban el orden de los valores e ideas vigentes por tradición.

Sin tener en cuenta esta feroz lucha ideológica contra el sistema de valores extranjeros, fundamentalmente británicos, difícilmente se entiende la naturaleza antieuropea desatada por determinados grupos de las islas.

